

Diego Armus (dir.), 2022. *Sanadores, parteras, curanderos y médicas. Las artes de curar en la Argentina moderna*. Buenos Aires: FCE. 370 p.

3

Diego Armus compila en *Sanadores, parteras, curanderos y médicas...* el trabajo de investigadores que provienen de diversos campos de conocimiento: la historia, la medicina, la demografía, la antropología, la comunicación y la sociología. Los catorce capítulos en que se organiza la obra revelan la naturaleza abierta, heterogénea e inconclusa del «arte de curar» desde los siglos XIX y XX hasta la actualidad. El libro abarca una amplia gama de prácticas, incluyendo la curandería, el espiritismo, la medicina oriental, la homeopatía, la hipnosis, la magia, la religiosidad y la brujería. Muestra la coexistencia de tales prácticas con la biomedicina y su persistencia hasta la actualidad a través de la reconstrucción de trayectorias protagonizadas por personas seleccionadas específicamente para representar una historia local. La heterogeneidad se refleja también en la diversidad de provincias argentinas que abarca: Jujuy, Santa Fe, Córdoba, Buenos Aires y la capital federal.

Este libro ilumina prácticas de cuidado de la salud y la atención de la enfermedad que han sido marginadas en la historia de la medicina, a pesar de su reconocido valor terapéutico, incluso entre profesionales médicos. Sin embargo, esta convivencia entre la medicina tradicional y las prácticas alternativas no está exenta de tensiones, como se muestra en el primer capítulo de la obra, escrito por José Ignacio Alevi, centrado en Juan Pablo Quinte-

ros, un espiritista en Santa Fe a fines del siglo XIX. Este personaje, perseguido y demandado por el Consejo de Higiene de esa provincia, fue defendido por un representante de la élite local y muy valorado en su comunidad, mostrando, además, que la expansión de alternativas terapéuticas fue transversal a todos los sectores sociales.

En el siguiente capítulo, María Silvia Di Liscia examina la relación entre médicos y curanderas durante los siglos XIX y XX en relación con un padecimiento común: el empacho. Las curanderas representan una opción terapéutica alternativa a la biomedicina, respaldada por la derivación médica y el reconocimiento profesional. Sin embargo, esta legitimidad también conlleva tensiones, como se ilustra en el capítulo «Curanderos de Jujuy en la primera mitad del siglo XX», escrito por Mirta Fleitas. Ahí describe la movilización popular masiva en defensa de un mano santa y el linchamiento del médico del Consejo de Higiene que había solicitado su expulsión.

Estas narrativas también reflejan tanto las prácticas médicas locales como las corrientes de pensamiento y avances tecnológicos médicos internacionales con los que dialogan. Por ejemplo, en medio del fervor científico y cultural por la hipnosis, Mauro Vallejo relata el caso de Alberto Díaz de la Quintana, un hipnotizador, inventor y publicista que actuó en Buenos Aires a finales del siglo XIX. Este personaje gozó de gran popularidad entre el público, pero desper-

tó desconfianza entre los médicos locales. La misma tensión se puede observar en el capítulo de Adrián Carbonetti y María Laura Rodríguez, quienes narran la emergencia de Jaime Press hacia 1960, un armonizador popular que causó sensación en la ciudad de Carlos Paz. Su enorme convocatoria y su carisma generaron recelo y alarma entre las autoridades locales.

En este libro también se examinan las representaciones de los sanadores populares en el cine argentino. El capítulo de Juan Bubello evidencia la crítica, la burla y la ridiculización a la que eran sometidos estos personajes que operaban en los márgenes de la biomedicina a mediados del siglo xx. Es importante también observar que quienes despliegan estas prácticas terapéuticas alternativas no siempre son personas ajenas a la biomedicina. Hay médicas y médicos, como es el caso de Fernando Asuero, quien, en la década de 1930, desarrolló una práctica “milagrosa” que consistió en aplicar presión sobre el nervio trigémino. Tal como la narran María Dolores Rivero y Paula Sedrán, se convirtió en una práctica popular y comercializada.

En el capítulo siguiente, Armus presenta el caso de Jesús Pueyo, un estudiante de medicina, asistente en la cátedra de microbiología, que ganó prominencia en la esfera pública al afirmar haber desarrollado una vacuna contra la tuberculosis hacia 1940, sin evidencia. En estos casos, puede observarse que la línea divisoria entre la ciencia médica y las prácticas terapéuticas sin respaldo científico es difusa. La ciencia a veces promueve tratamientos que mercantilizan prácticas no necesariamente respaldadas científicamente. Un rasgo común entre estos individuos, independientemente de su

formación médica o no, es su búsqueda de reconocimiento público, que a menudo logran gracias a su personalidad carismática. Aunque también la religiosidad, a menudo, desempeña un papel fundamental.

El capítulo de Daniela Testa narra el caso de una médica pediatra con una fuerte tradición religiosa que se asoció con una enfermera para probar una alternativa terapéutica para el tratamiento de la poliomielitis, reconociendo el sufrimiento moral de los niños afectados por la enfermedad, considerándolos no solo como portadores de cuerpos lesionados o paralizados, sino también como seres capaces de experimentar placer, deseo y amor. Tanto este capítulo como el del padre Ignacio, un cura sanador a comienzos del siglo XX, exploran el encuentro entre la fe religiosa y la ciencia biomédica. En la contribución sobre el párroco a este libro, la autora, Ana Lucía Olmos Álvarez, propone la idea de «alianza de medicinas», lo que implica la aplicación de diversos enfoques que combinan elementos de ambas tradiciones.

En la década de 1970 y durante los primeros años de la democracia en nuestro país, se observó una proliferación de alternativas terapéuticas vinculadas a tradiciones médicas holistas orientales, que Nicolas Viotti describe como «experimentos contraculturales». Analiza el caso de Daniel Alegre, un pionero de la medicina tradicional china en Buenos Aires, quien logró una integración de lenguajes y prácticas en la homeopatía, que han perdurado hasta la actualidad.

Esta tendencia se refleja también en el capítulo de Mariana Bordes, que narra la experiencia de dos terapeutas orientalistas que ejercen en hospitales públicos de la

Ciudad de Buenos Aires. Su inclusión en un entorno médico convencional puede interpretarse como un reconocimiento al valor de sus prácticas, aunque también podría ser una respuesta a la demanda de los pacientes, ya que realizan su labor *ad honorem*.

Cada capítulo del libro ofrece un caso y una interpretación singular, pero –a través de la lectura transversal– puede verse que cada una de las alternativas terapéuticas proponen una sensibilidad diferente hacia las y los pacientes, que redefine el cuerpo, sus límites y cómo nos relacionamos con él de manera menos alienante, biomedicalizante y más humana.

El capítulo final del libro, “VerOna, una joven bruja feminista en tiempos de la marea verde”, de Karina Felitti, es claro ejemplo de esta medicina que no alcanza para entender y abordar cuerpos más complejos que el nivel fisiológico-orgánico al que se aboca la biomedicina. VerOna nació con el movimiento contracultural que habilitó la democracia hacia 1980 en el seno de una familia que narra una historia de mujeres que cuidan y atienden a su salud colectivamente.

En el epílogo, Armus retoma un concepto clave que recorre todos los capítulos: el de «híbrido». Este concepto remite a prácticas que, insertas en un sistema donde la biomedicina puja por ser hegemónica, se toma elementos de ella para ir más allá de sus límites, recreando diversas tradiciones médicas para abordar el sufrimiento, el malestar y la enfermedad. De esta manera, se evidencian los límites del proceso de medicalización al describir di-

versas prácticas que van más allá de la biomedicina, que atraviesan la cultura, el malestar y las formas de atención y cuidado que cada contexto sociohistórico, económico y político habilita de manera singular.

Los diferentes sistemas de conocimiento y prácticas médicas muestran tensiones y establecen alianzas con la biomedicina. Aunque carecen de reconocimiento formal, cuentan con la legitimidad otorgada por las personas que utilizan estas técnicas terapéuticas. Las personas recurren de modo alternativo a una u otra práctica terapéutica, abrigando la esperanza de resolver un problema para el que la medicina no encontró remedio.

Esta obra destaca la importancia de entender la medicina en su contexto social más amplio, examinando cómo las relaciones de poder, las desigualdades sociales, las creencias y el género han influido en la forma en que se practica y se percibe la medicina en Argentina.

*Sanadores, parteras, curanderos y médicas...*, entonces, nos invita a reflexionar sobre la complejidad del cuidado y atención a la salud, los límites que históricamente ha presentado la biomedicina para atender al sufrimiento y padecimientos humanos y las alianzas empíricas que crea con diversas alternativas terapéuticas hasta el presente. Muestra que nuestra salud, nuestro cuerpo y las formas de cuidarlo/curarlo nunca han sido completamente permeadas por la biomedicina, pues existen hibridaciones, alianzas, sinergias y contrastes que han habilitado un amplio abanico de posibilidades a lo largo de la historia.

Anahí Sy

Universidad Nacional de Lanús / CONICET